

FERNANDO GÓMEZ

EL MUNDO A TRAVÉS DE SUS CÁRCELES



Luciérnaga

Índice

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Citas
- 1. INTRODUCCIÓN AL VIAJE. París - Francia
- 2. TORRE DE LONDRES Y PRISIÓN DE HOLLOWAY.
Londres - Inglaterra
- 3. CÁRCEL DE READING. Condado de Berkshire - In-
glaterra
- 4. PRISIÓN DE KILMAINHAM. Dublín - Irlanda
- 5. MEMORIAL BERLÍN-HOHENSCHÖNHAUSEN. Berlín
- Alemania
- 6. CÁRCEL MAMERTINA. Roma - Italia
- 7. PRISIÓN DE LOS PLOMOS. Venecia - Italia
- 8. CASTILLO DE ERDODY. Jastrebarsko - Croacia
- 9. HOTEL FOUR SEASONS. Estambul - Turquía
- 10. LA PRISIÓN DE JESÚS. Jerusalén - Israel
- 11. PRISIÓN MUSEO EBRAT. Teherán - Irán
- 12. TUOL SLENG S-21. Nom Pen - Camboya
- 13. PRISIÓN DE FANNIE BAY. Bahía de Fannie - Aus-
tralia
- 14. PRISIÓN DE PORT ARTHUR. Tasmania - Australia
- 15. PRISIÓN DE ROBBER ISLAND. Ciudad del Cabo -
Sudáfrica
- 16. CASTILLO DE SAN JORGE. Elmina - Ghana
- 17. EASTERN STATE PENITENTIARY. Filadelfia - Esta-
dos Unidos
- 18. PRISIÓN DE ALCATRAZ. San Francisco - Estados
Unidos
- 19. UNIVERSIDAD DE STANFORD. San Francisco - Es-
tados Unidos
- 20. PALACIO NEGRO DE LECUMBERRI. Ciudad de
México - México

21. LA CATEDRAL. Envigado - Colombia
 22. LA PRISIÓN DEL FIN DEL MUNDO. Ushuaia - Argentina
 23. ISLA DEL DIABLO. Kourou - Guayana Francesa
 24. MEMORIAL PRISIÓN DE MONTLUC. Lyon - Francia
 25. CASTILLO DE IF. Marsella - Francia
- Epílogo. CÁRCEL MODELO. Barcelona - España
- Créditos

SINOPSIS

El protagonista de *La vuelta al mundo en 80 cementerios* reaparece con este libro para explicarnos todas las curiosidades, anécdotas y sucesos de las cárceles más importantes de la historia de la humanidad: la cárcel de Alcatraz, la prisión de Reading, el penal de Ushuaia o la Isla del Diablo, entre otras. ¿Qué tiene que ver la Torre Eiffel con la prisión de Alcatraz? ¿Un perro perdiguero fue condenado a cadena perpetua en la prisión de Filadelfia? ¿Quién fue una especie de Celestina en el Palacio Negro de Lecumberri? ¿Dónde estuvo prisionero Jesús antes de ser crucificado?

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso
con solo Dios se compasa
y a solas su vida pasa
ni envidiado ni envidioso.

FRAY LUIS DE LEÓN
Oda XXIII. Al salir de la cárcel

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prisión libertad,
en lo cerrado salida
y en el traidor lealtad.

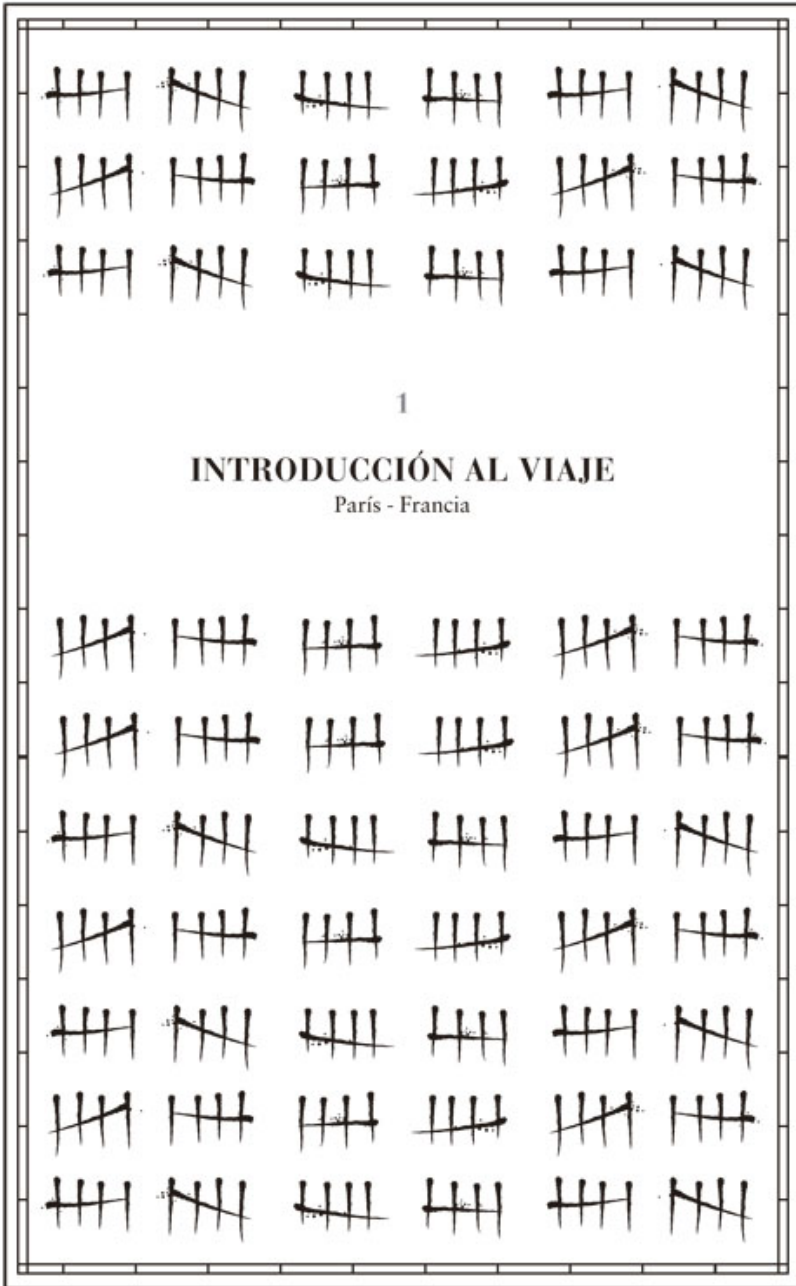
MIGUEL DE CERVANTES
Don Quijote de la Mancha

Hacía más de un año que no había vuelto a sentarme en el banco de la plaza que hay al lado de mi casa. Lejos quedaban los setenta y nueve días vividos en ese lugar escuchando a un desconocido hablarme de los cementerios que había visitado en una original vuelta al mundo.

Era lunes y regresaba a casa cuando vi una figura sentada en el banco. No le hubiera prestado mayor atención de no haber sido porque desde la distancia me saludó moviendo la mano. Tardé en distinguirlo y, a medida que me acercaba, descubrí que se trataba del anciano que me había contado cientos de anécdotas de los cementerios que había recorrido. Cuando estuve frente a él me hizo una seña invitándome a sentarme a su lado.

Solo había pasado un año y lo encontré avejentado. Me interesé por su salud y él por mi trabajo. Posiblemente los dos mentimos en las respuestas. Se disculpó por no haberse podido despedir la vez anterior, y yo por mi parte no quise revelar que llegué a creer que había muerto. Evitamos hurgar en nuestros silencios.

Parecía que nada más tuviéramos que contarnos cuando con más educación que interés le pregunté qué había hecho durante el año que habíamos estado separados. Sus ojos brillaron y respondió que se había dedicado a peregrinar por el mundo de prisión en prisión. No recuerdo qué contesté, solo sé que desde ese momento volví a viajar a través de sus palabras.



Uno de los grandes placeres de esta vida, al menos para mí, es sentarme en una de las muchas terrazas con que cuenta París y dejarme sorprender por todo cuanto se va presentando ante mis ojos. Entre los cientos de terrazas que ofrece la ciudad hay una en particular que se encuentra en mi lista de favoritas, Bistrot Marguerite. Desde allí se puede apreciar una buena panorámica de la plaza del Ayuntamiento.

Cada vez que voy a París es para seguir los dictados de una frase que leí en *Tratado de la vida elegante*, de Honoré de Balzac: «Quien no venga a menudo a París no será jamás completamente elegante». Como supondrá, estaba en Bistrot Marguerite dispuesto a aprobar esa asignatura.

No tenía mayor preocupación que la de permanecer inmóvil con la vista clavada en la plaza mirando cómo unos obreros instalaban lo que en Francia se llama carrusel y que aquí conocemos como tiovivo o caballitos de feria. Los movimientos de los operarios eran acompasados, posiblemente parecidos a los que debieron de ejecutar otros trabajadores en octubre de 1828 cuando Victor Hugo los vio al cruzar la misma plaza. Ese día no estaban instalando un carrusel, lo que acababan de levantar era una guillotina. El escritor se detuvo para observar cómo el verdugo engrasaba la máquina para que su funcionamiento fuera perfecto en las ejecuciones que estaba previsto realizar esa misma tarde. Escuchó el silbido de la cuchilla de acero descendiendo por su raíl y el sonido seco del golpe al finalizar el recorrido le estremeció. Impactado por lo que había contemplado, Victor Hugo se retiró a su domicilio, tomó la pluma y comenzó a escribir el libro *Último día de un condenado a*

muerte. En las páginas de esa obra, el escritor francés manifiesta que todo cadalso levantado para guillotinar a un hombre es un retorno infame al salvajismo más primario.

Desde que vi en el cine *El verdugo*, de Luis García Berlanga, y *Queridísimos verdugos*, de Basilio Martín Patino, la figura de esos funcionarios del Estado siempre me ha producido fascinación y rechazo a partes iguales, y quizá hayan sido esas dos sensaciones contrapuestas las que me han acercado a leer todo cuanto ha caído en mis manos sobre ese oficio y en particular sobre las personas que lo ejercieron.

El primero de esos funcionarios que me vino a la mente fue Giovanni Battista Bugatti, quien fue verdugo de los Estados Pontificios hasta que llegó su jubilación al alcanzar los ochenta y cinco años. Los Estados Pontificios fueron los territorios de la península italiana que estuvieron bajo la autoridad temporal del papa desde el año 751 hasta 1870.

Bugatti entró al servicio de la Iglesia en 1796 a la temprana edad de dieciséis años, y durante los sesenta y nueve años que ejerció el oficio llevó a cabo 516 ejecuciones. Si le digo con tanta exactitud el número de ajusticiados es porque lo dejó minuciosamente detallado en un diario en el que anotaba el nombre de sus víctimas añadiendo a su lado, con pulcritud y letra clara, la fecha de la ejecución y el método empleado. El hacha, declaró con total naturalidad, era su favorita; por lo que se sabe, tampoco le hacía ascos a emplear la guillotina y el ahorcamiento.

Entre ejecución y ejecución, la vida de Bugatti no se diferenciaba en exceso de la de cualquiera de sus vecinos romanos. Se distraía ayudando en la pequeña tienda que su mujer regentaba en el Trastevere, barrio que solo abandonaba en contadas ocasiones. Las únicas veces que atravesaba el puente Sant'Angelo era cuando tenía que cruzar el río Tíber para ir a trabajar a la otra orilla, ya fuera en Campo

de'Fiori, en la Piazza del Popolo o en la Piazza del Velabro, que eran los lugares donde habitualmente se colocaba el cadalso para ejecutar a las víctimas.

Charles Dickens —en su libro *Estampas de Italia*, publicado en 1846— describe una ejecución a la que asistió en Roma y cuyo verdugo, al ser el titular de la plaza en esa fecha, no podía ser otro que Giovanni Battista Bugatti. Con el afilado bisturí de su prosa, Dickens nos cuenta el espeluznante espectáculo que presencié: «Se arrodilló enseguida debajo de la cuchilla. Colocó el cuello en el agujero hecho en un travesaño para tal fin y lo cerraron también por arriba con otro, igual que una picota. Justo debajo de él había una bolsa de cuero, a la que cayó inmediatamente su cabeza. El verdugo la agarró por el pelo, la alzó y dio una vuelta al patíbulo mostrándosela a la gente, casi antes de que uno se diera cuenta de que la cuchilla había caído pesadamente con un sonido vibrante. Cuando ya había pasado por los cuatro lados del patíbulo, la colocó en un palo delante: un trozo pequeño de blanco y negro para que la larga calle lo viera y las moscas se posaran en él».

En 1865, el papa Pío XI jubiló a Bugatti. Como reconocimiento a su labor, Su Santidad le gratificó con una pensión vitalicia de 30 escudos mensuales. Solo cinco años disfrutó de la pensión. Como si se tratara de un homenaje, el mismo año de su muerte dejaron de existir los Estados Pontificios. Durante el mandato de Pío XI, en 1929, se firmó el Tratado de Letrán, que copió de la legislación italiana el artículo 8 y estableció la pena de muerte en la Ciudad del Vaticano para toda persona que intentara asesinar al papa dentro de ella. Esa normativa quedó derogada en 1969.

Sentado en la terraza del Bistrot Marguerite, no pude evitar recordar la frase que pronuncia el protagonista de la obra de Victor Hugo: «Acabo de hacer testamento, ¿de qué sirve? Estoy condenado a pagar las costas, y todo lo que tengo apenas me alcanza para ello. La guillotina es muy cara».

Eran tiempos en que el condenado tenía que hacerse cargo de los gastos de su propia ejecución y, si no tenía bienes para cubrir la deuda, el pago debía ser satisfecho por sus familiares. En ese momento apareció en mi pensamiento la imagen de ese instrumento, la guillotina. Se atribuye su creación a un médico llamado Joseph Ignace Guillotin. La realidad es que él no fue quien la inventó, sino que solo propuso su uso y su mejora. Máquinas similares habían sido usadas anteriormente en Bohemia, Escocia e incluso en la antigua Roma.

Ha circulado de boca en boca la historia de que Joseph Ignace Guillotin murió ejecutado en la guillotina; no lo crea, es una equivocación, transmitida por varios historiadores al confundirlo con un médico de Lyon con su mismo nombre. Ignace Guillotin murió a los setenta y cinco años a consecuencia de carbunco en el hombro. Al poco tiempo de ser enterrado, sus descendientes elevaron una súplica a las autoridades francesas para que fuera cambiado el nombre del artefacto. La petición fue denegada, pero permitieron que fueran ellos quienes pudieran cambiarse el apellido.



Cuando la guillotina alcanzó su máxima utilización, esplendor y reconocimiento fue durante el periodo de la Revolución francesa. El lunes 21 de enero de 1793, Luis XVI fue conducido a la plaza de la Revolución. Pasaba media hora de las diez de la mañana cuando la cuchilla impactó contra su cuello. El verdugo encargado de la ejecución declaró: «El rey soportó todo con una compostura y una firmeza que nos asombró a todos». Ese verdugo encargado de dar muerte al monarca era Charles Henri Sanson.

Si algún día se da una vuelta por el cementerio de Montmartre, puede que pase al lado de una modesta tumba que acoge los restos de ese verdugo. Podrá leer en la lápida que nació en 1739 y falleció en 1806. No está enterrado solo; en el reducido espacio lo acompañan los restos

de su hijo, Henri Sanson, y los de su nieto, Henri Clement Sanson. Ambos, al igual que el padre y el abuelo de Charles Henri Sanson, tenían el mismo oficio. En total, fueron seis las generaciones de la familia Sanson que ejercieron en Francia la función de verdugo oficial durante casi dos siglos en el espacio que comprende de 1688 a 1847. Sin objeción, Charles Henri, cuarto de la dinastía Sanson, fue el más popular de todos. Hubo, por supuesto, otros verdugos activos en Francia durante esos dos siglos, pero la familia Sanson ostentó en solitario los Derechos Reales y fueron nombrados con el tratamiento de ejecutores oficiales en París. Charles Henri Sanson llevó a cabo casi tres mil ejecuciones en solitario, o ayudado por el grupo de seis asistentes con los que contaba. Entre esas ejecuciones son reseñables la ya nombrada de Luis XVI y las de los revolucionarios Danton, Robespierre, Saint-Just o Desmoulins. La ejecución de la reina María Antonieta corrió a cargo de uno de sus hijos, Henri.

Sobre la vida de Charles Henri Sanson, se sabe que fue educado en un colegio de religiosas en Rouen hasta el día en que el padre de otro estudiante descubrió que era hijo de un verdugo. Una vez sacado a la luz el secreto, tuvo que abandonar la escuela ante las presiones que sufrió de los padres de sus compañeros. Desde entonces, se educó en privado escondiendo su condición. Aún no había cumplido los dieciocho años cuando decidió seguir el oficio de su padre para poder asegurar el alimento de la familia. En su primera ejecución, el joven Charles Henri Sanson estuvo a un paso de abandonar la carrera; por entonces era ayudante de su tío Nicolás, que ejercía en Reims. En esas fechas aún no se había impuesto la guillotina y la ejecución era por desmembramiento. El espectáculo fue tan brutal que tardó

más de cuatro horas en conseguir el propósito. De esa ejecución queda testimonio gracias a Giacomo Casanova, que asistió al tormento.

Charles Henri Sanson, a los treinta y nueve años, recibió oficialmente, de manos de su padre, la capa de color rojo sangre que era el símbolo distintivo del verdugo principal. Ocupó este cargo durante diecisiete años más, hasta que en 1795 le sucedió su hijo Henri.

Sanson fue decisivo en la aceptación de la guillotina como la forma en que debían ser realizadas las ejecuciones tras la Revolución francesa. Después de que Joseph Ignace Guillotin apoyara públicamente la nueva máquina de ejecución, aportó un exhaustivo informe a la Asamblea Francesa, presentando un amplio argumentario a su favor. Incluso construyó con un amigo alemán, el fabricante de instrumentos musicales Tobias Schmidt, el prototipo de guillotina que fue probado por primera vez el 17 de abril de 1792, en el hospital Bicêtre de París. El propio Sanson condujo la inspección del aparato. Para su prueba se cortaron, primero, balas de paja; luego se pasó a decapitar animales vivos, y, por último, como prueba definitiva se probó su eficacia en cadáveres humanos. Con los buenos informes que presentó, a la semana siguiente, la asamblea aprobó su uso y él mismo inauguró la era de la guillotina ejecutando a un ladrón, Nicolas Jacques Pelletier, en la plaza de Grève de París. Era el 25 de abril de 1792 y la guillotina acababa de hacer su presentación en sociedad.

«Todos los hombres están condenados a morir con plazos desconocidos —dice Victor Hugo en *Último día de un condenado a muerte*—. Desde la hora en que se pronunció mi sentencia, ¡cuántos habrán muerto que esperaban vivir largo tiempo!»

Mientras consumía una segunda copa de kir apareció en mi mente William Marwood, un verdugo inglés que se declaraba enemigo acérrimo de la ociosidad y que, para combatirla, en el tiempo libre que le quedaba entre ejecución y ejecución, se dedicaba a fabricar zapatos o poner medias suelas en la zapatería heredada de su padre. En sus memorias no lo oculta: «Así vivo día tras día hasta el momento en que soy requerido para alguna ejecución». Más adelante, a modo de lección ejemplarizante dirigida a los condenados, escribe: «Habría sido mejor para los ejecutados que hubiesen preferido el trabajo a la ociosidad».

William Marwood fue uno de los verdugos más célebres de su tiempo. Siempre mostró un gran interés por los estudios anatómicos para aplicarlos al desempeño de verdugo, y era tal el amor que sentía por su oficio que consideraba el ahorcamiento como un arte y continuamente estudiaba para mejorarlo; a fuerza de dedicación, se convirtió en un virtuoso.

En Inglaterra, desde mediados del siglo XIX, el de verdugo era un oficio muy deseado que se mantuvo hasta que la pena capital fue abolida en 1964. Según algunos verdugos, una de las causas por las que querían conseguir el puesto era por la ventaja que les proporcionaba poder viajar con todos los gastos pagados y visitar lugares desconocidos en los que se realizaban las ejecuciones.

Sorprende que antes de cumplir los cincuenta y cuatro años Marwood nunca hubiera ahorcado a nadie ni asistido a una ejecución. A esa edad, sin explicar el motivo, le entró el deseo de ser verdugo y consiguió persuadir a las autoridades de la prisión de Lincoln para ejecutar a William Frederick Horry, el primero de una larga lista, en abril de 1872. Gracias al trabajo eficaz de Marwood, el condenado murió con rapidez y sin sufrimiento, detalle que dejó muy impresionado al gobernador de la cárcel, quien no dudó en contratarlo para sucesivas ejecuciones.